

tumbar en días de batalla ó en horas solemnes para un pueblo; los hurras con que la marinearía saludaba el paso de la Reina... todo formaba un conjunto tan grandioso y de tan teatral pompa, que la Exposición francesa, con su inmensa balumba de construcciones, pabellones y palacios; con haber renovado la leyenda oriental de la torre de Babel, no ofrecerá espectáculo semejante. El fue á un tiempo mismo coronación de Barcelona como emperatriz de la cultura moderna en España, y tributo de cordialidad y simpatía ofrecido á nuestra patria por las naciones extranjeras. El sonoro estampido de los cañones italianos, rusos, austriacos, alemanes, parecía decir á España: "Ya ha pasado para tí la época de las luchas fraticidas, del motin diario y de la convulsión estéril y perpetua. Entrás en la vía del trabajo y de la sana actividad. Animo, España, acuérdate de lo que fuiste, y prepárate á redorar los castillos, los leones y las barras de tu viejo escudo." Lo confieso: en aquellos instantes (á pesar de mi afición á las cosas del pasado, á la España clásica, con todo su atraso y toda su herrumbre de fiebre é ignorancia) sentí una alegría misteriosa. Nada escribí sobre el certamen español, porque, lo repito, iba como perezosa viajera; pero hoy, que ya faltan pocas horas para la apertura de la Exposición francesa, séame lícito consagrar un *memento* á Barcelona y ufanarme con esta gloria de la patria, no suficientemente ensalzada, á mi ver, si se considera bien lo que significa.

CARTA IV

PARÍS NECESITA REY.—TRIUNFO
DEL PUEBLO*Paris, Mayo 7.*

DESPUÉS de haber dormido de un tirón catorce horas y consagrado pocas menos al aseo, empiezo á reponerme de la fatiga física y moral de la apertura de la Exposición. No he querido perder ripio de la fiesta oficial, de las iluminaciones, del incomparable espectáculo ofrecido, no solamente á una vasta capital, pero al mundo entero; empenéme en agotar las distracciones del 5 y 6 de Mayo, y he aquí por qué el 7 estoy rendida.

Para empezar por el principio, digo que llegué á París en la madrugada del 4, en un tren atestado de gente; imagino que la llevaba hasta dentro de los furgones. En Francia, por lo regular, los viajeros de primera clase disfrutan de bastante desahogo, pues el francés, más taño que el español, suele contentarse con billete de segunda; pero de esta vez, primera segunda, tercera, y repito que hasta los vagones de mercancías, iban relleniéndose, mientras en cada estación algo importante nos agregaban coches y más coches. Nuestro tren se asemejaba á inmensa serpiente boa que poco á poco se desenroscase y creciese. "Fortuna —

pensaba yo—que estamos en tierra francesa. Allá en mi incorregible patria, esto se habría convertido ya en *tren botijo*, y en lugar de los ocho asientos de cada departamento, iríamos aquí trece ó catorce personas hacinadas, molestandonos, y por consiguiente aborreciéndonos de todo corazón."

En los *buffets* de las estaciones ya se dejaba sentir la carestía de los momentos críticos. El café *completo*, que solía costar á lo sumo franco y medio, lo pagamos casi doble. ¿Qué tendrá que ver la Exposición de París con la leche de vacas de Tours?

Al avistar desde la ventanilla del vagón el hormiguo de los faroles de París, próximos ya á palidecer á los primeros destellos de la claridad matutina, busqué instintivamente los rayos que despiden los proyectores del faro Eiffel, radiante pupila de luz abierta sobre la gran Lutecia. Pero el cíclope dormía aún, y sólo velaba la nebulosa del alumbrado, titilando, como cansada de su larga vigilia.

*
**

Mi primer sorpresa al salir del hotel, después de ese tocado rápido propio de la mañana del desembarque, fue notar el aspecto más que nunca coquetón, limpio, refulgente, de las tiendas y de las calles, ya extraordinariamente animadas é hirviendo en una multitud cosmopolita. Siempre he tenido á París en concepto de la ciudad más pulcra del orbe, sin exceptuar á

Florencia; en París se lavan diariamente las fachadas de las casas y las maderas de las ventanas, se enceran los pisos, se barren primorosamente las calles, se exige á los dependientes de tienda, sirvientes y hasta obreros un aseo personal de que prescinde mucha gente rica española; pero actualmente, con motivo de la Exposición, París ha echado el resto: no se ve una mota de polvo; la pintura despidе el fresco brillo del barniz; los bronce relucen; los cristales se clarean, diáfanos como el aire mismo; los escaparates son un canastillo de flores, y hasta las flores, en que parece no cabe aliño, escogidas por manos hábiles, agrupadas artísticamente, ceñidas con lazos de cinta pomposa, levemente salpicadas de gotitas de agua, tienen la nitidez virginal de flores de cerámica. Un haz de *muguet*, lirio del valle ó convalaria (que todos estos nombres recibe tan encantadora flor), me entretuvo un rato, dudando si sería natural ó de porcelana de Sajonia.

Los amigos franceses á quienes he saludado en este primer día de París, están—salta á los ojos—enajenados de júbilo y orgullo por la solemnidad de mañana. "La Exposición vence, la Exposición triunfa," afirman hasta los monárquicos. "Comprendemos que la fecha de apertura ha sido un desacierto; nos explicamos la actitud de las potencias; y sin embargo, nos embarga justa satisfacción, porque el extranjero, que pudo vencernos en el terreno de la fuerza, no logrará nunca arrebatarnos las cualidades en que nuestra verdadera superioridad se fun-

da: el ingenio, la habilidad, el don de gentes, la facultad de atraer, cuando nos place, á Europa entera." Hay parisienses que se desahogan burlándose de la apertura de otra Exposición flamante: la Exposición berlinesa de aparatos de salvamento, inaugurada por el Emperador en persona, con gran prosopopeya, y comparada por los periódicos alemanes á la parisiense. Seamos justos: es un tantico desairado para los alemanes eso de abrir ahora una Exposición de poco pelo y atribuirle importancia á la apertura. No se debe competir sin aplastar.

Hoy por hoy, París no sueña sino en el éxito del Certamen, que halaga á todo francés como si de cosa propia se tratara. Los monárquicos, si al principio torcieron el gesto á una fiesta que conmemora los albores de la Revolución y la declaración de los derechos del hombre, se esponjan al ver que el desquite nacional adquiere forma de concurso pacífico de la industria. Los *panaderistas*, si claman y vociferan contra la expatriación de su jefe y la causa que se le sigue, no se atreven tampoco á desafinar en el concierto; y el resto de Francia—el negociante, el artesano, el industrial, el hostelero, gente que á todas luces hará su agosto con la Exposición—encuentra, como el doctor Pangloss, que todo está lo mejor posible del mundo en el mejor de los mundos posibles.

He notado un fenómeno curioso. Enmedio de los festejos consagrados á la idea republicana, que amaneció en Francia ahora hace cien años; enmedio de una ruidosa glorificación de la so-

beranía nacional, la democracia universal y la igualdad niveladora; enmedio de la nueva fiesta floralia de la diosa Razón y de la maga Industria; al punto en que los embajadores de las testas coronadas cierran la maleta y huyen, por no sancionar con su presencia el recuerdo del período revolucionario... es cuando involuntariamente, sin que ellos mismos lo noten, los franceses rinden tributo á la idea monárquica, que llevan infiltrada en la masa de la sangre los pueblos más ó menos propiamente llamados latinos. La Monarquía, casi anulada políticamente por el sistema constitucional, es una forma de Gobierno insustituible desde el punto de vista decorativo y externo: la piden los sentidos. El año pasado, en la Exposición de Barcelona, me lo hizo notar cierto amigo mío, por señas acérrimo republicano. "¿Ha visto usted—me decía—cosa más ornamental ni que más juego dé que un monarca? Aquí lo que la gente manifiesta mayor afán de ver, es la Reina, el Rey chiquitín y las Infantas. ¿A qué hora comenzará tal función, tal diversión? Cuando llegue la Reina. ¿Para quién es aquel palco engalanado, florido, con colgaduras de terciopelo? Para la Reina. ¿Qué se prepara en el Círculo tal ó cual? El *lunch* que ha de servirse á la Reina. El centro de todo, el complemento, el pretexto de todo... la Reina. Mientras no se presenta ella y se oye la marcha real, los espectadores no están á gusto; no se atreven ni á solazarse. ¿Cree usted que es porque seamos rabiamente entusiastas de esa señora? ¡Quí! La

apreciamos, es cierto, y la acogemos con respeto y simpatía, pero no deliramos de monarquismo, bien lo sabe Dios; y no obstante, si faltase ese rematito, esa especie de garzota ó plumero de la Exposición—las personas reales y a corte—la fiesta sería una fiesta acéfala; perdería la mitad de su interés.

*
*
*

En las solemnidades de estos días, reparo cómo Francia, á falta de reyes, ha tratado de forjar un simulacro de monarquía, encarnándolo en la persona del matrimonio Carnot. Porque uno de los rasgos más salientes del carácter decorativo de la Monarquía, consiste en la presencia de la mujer, y, si es posible, de la familia. El Presidente de República es casi una abstracción: no despierta entusiasmo, porque en él no vemos sino la forma viviente de la ley; la ley literal, árida é inflexible.

El Rey, para conquistar nuestras simpatías—siquiera irreflexivas y momentáneas—va escudado por el santuario de los afectos, por el símbolo de la gracia y del amor: la esposa y los hijitos. Si la Reina no logra captarse la voluntad del pueblo, ¡ay del Rey! Al triste Luis XVI le perdió la odiosidad contra la austriaca. Por donde se ve que la exhibición de la familia en los países monárquicos es un arma de doble filo, que así como puede conciliar los corazones puede encender en ellos fuego de odio. Pero generalmente, al pasar la carroza

donde sonríen unas tiernas criaturitas, el pueblo—que tiene un fondo de bondad inagotable—se enternece y aclama, sin sospechar cuánto revela de generosos sentimientos el acto de aclamar una institución porque la representa un angelote blanco y colorado, y porque al vitorearla se vitorea al *Sancta Sactorum* del corazón humano... la dulce familia.

*
*
*

¡Qué lejos ando de la inauguración! Todo lo anterior venía á cuento de que Francia, en interés de su certamen, otorga mayor atención que de costumbre á los dichos y hechos del Presidente, y le forja una especie de aureola, y hasta ha descubierto la existencia de Madame Carnot, señora hasta hoy obscurecida, y que estos días jugó á la Reina con bastante distinción y aplomo. Uno de los *clavos* de las fiestas actuales fue el traje lucido por la Presidenta en la ceremonia oficial. El tal traje merece especial mención, porque era algo más que unos metros de tela bien plegados: era un símbolo.

La moda, que después de recorrer un ciclo secular vuelve hoy al punto de partida é impone los atavíos de la época María Antonieta y Directorio, ha permitido á la Presidenta de la República francesa adoptar una *toilette* emblemática y significativa, luciendo, con las hechuras del año III ó IV de la República una é indivisible, los matices de la escarapela trico-

lor. El fondo del precioso traje es seda *azul viejo* (tono azul algo apagado, pero limpio). El blanco lo señalan guarniciones de riquísimo encaje de Alençon, aplicadas sobre las solapas *rojo viejo*, ó rojo pálido. El arte soberano del modisto Felix ha conseguido combinar tres tonos á primera vista rabiosos y charros — blanco, encarnado y azul — de tal manera, que su conjunto es suave y armónico, y no riñe con la edad y la figura de la esposa de Carnot, señora que habrá sido guapa, pero está algo pasada. El sombrerillo, donde los encajes velan discretamente el fondo rojo, tiene una forma de las que ahora, por fortuna, empiezan á prevalecer: modesta, sencilla y gallarda. A la distancia en que he visto á Madama Carnot, no pude apreciar si, en efecto, su aderezo era de turquesas, coral rosa y perlas blancas, como me aseguraron. Lo que sí temo es que la combinación tricolor dé en llevarse mucho este año, y que cuando no la realice Félix sea un banderín.

La Presidenta debe su éxito al acierto con que eligió sus galas semi-regias y á la afabilidad de sus saludos; el Presidente, al pistoletazo de Perrin. No es que nadie haya tomado el pistoletazo por lo serio, pues los opositoristas no se recatan para decir que el atentado dichoso es mero reclamo, y que no tenía carga el cartucho (*). De todos modos, la serenidad de

(*) El trágico fin de Carnot ha probado lo vano de estas suspicacias.—(N. de la A.)

Carnot ha producido buen efecto, y el tiro del desgraciado naufrago del *Venezuela* realza más la función que el estampido de los cañonazos y el retumbo de las bombas y cohetes.

Perrin se declara agriado y desesperado por adversidades é infortunios de los cuales echa la culpa á la sociedad, al Gobierno, á todos, en suma. Quéjase de haber estado en Cayena un día entero expuesto á un sol de justicia, en compañía de sus tres hijos y de su mujer, que criaba al más pequeño. ¡Cruel situación ciertamente! Pero á quien hizo el caldo gordo su exaltación es á las Agencias telegráficas y al Certamen nacional, anunciados y encomiados una vez más con motivo del supuesto peligro que corrió la vida del Presidente.

Excuso decir cuánto trabajo me costó descubrir un sitio de preferencia para presenciar la ceremonia. Sabidos son los aprietos que cuesta en casos tales colocarse bien y sortear el oleaje de la multitud. Yo temo más que al fuego á los empujones; me repugna, no ya que me estrujen, sino sólo el contacto forzoso de otras personas, por ejemplo, en una diligencia ó en un ascensor. Salí, pues, resuelta á sortear peligros que, con ser menores que en mi patria—porque aquí se conserva más el orden y está mejor montado el servicio de policía—siempre juzgo formidables.

Un poco antes de las doce, París presenta un aspecto deslumbrador.

Cientos de miles de personas inundan las ca-

lles; todo el mundo emperejilado, ebrio de alegría, ó con esa excitación de la curiosidad que entona las fibras del espíritu y le abre horizontes amplios y risueños. Los edificios también se han vestido de gala: han salido á relucir las guirnaldas y festones de papel de oro y plata, las flámulas y gallardetes de colorines, los famosos *lampions*, el aparato estruendoso de los días de fiesta nacional, sólo que más brillante, con más lucimiento, porque el caso lo requiere. Haces de banderas de gayos tonos disputan su azul al cielo, despejado ya después de algunos conatos de lluvia, y en la Avenida de la Opera, una ramilletera ofrece ramitos de rosas y claveles rojos atados con cintas azules y blancas. Le compro uno y me lo prendo en el pecho: esta no es ocasión de tener opiniones políticas, y para gozar de la fiesta hay que ponerse á compás del sentimiento que anima á la multitud, que se vuelve enloquecida de entusiasmo hacia la plaza de la Concordia, hecha un bosque de banderas palpitantes al beso de la brisa, y hacia el gigante Eiffel, que toman por guía, cual la columna de fuego las tribus de Israel. Me agrada, antes de buscar un coche que me lleve al Campo de Marte, empaparme en la alegría popular, y en la burguesa también, pues hoy el burgués parisiense, de ordinario atareado y poco expansivo, derrama la satisfacción á chorros. Están persuadidos de que Francia tiene de huésped al mundo entero, y cada parisiense se cree colaborador en la obra colosal de la Exposición, lo mismo que sí

del hierro de su sangre hubiese algunas partículas en la famosa torre.

—Ya verán (entiéndase los extranjeros) si aquí se trabaja ó no,—dice un barbudo pálido á su vecino, patilludo y rechoncho.

—¡Éxito completo!—responde éste, porque hasta está hermoso el tiempo, y las iluminaciones y los fuegos artificiales saldrán que ni de encargo. El Dios de las buenas gentes se ha puesto de nuestra parte. Qué rabien los monárquicos; que se fastidien.

—¿Qué dirá Wilhem mientras despacha su bock de cerveza?

—¿Y Bull entre las nieblas del Támesis?

—La jeta (*gueule*) que sería gracioso ver, es la de Crispi en su serrallo.

—Los diplomáticos han tomado las de Villadiego. ¿No sabías?

—¡Bah! Cuando el gato se ausenta, los ratones bailan.

Así comenta el pueblo parisiense su triunfo, y así, en este mismo tono de *blague*, de grosera chunga, realizó hace un siglo la metamorfosis social más completa y más profunda que ha sufrido.

CARTA V

LA INAUGURACIÓN

París, Mayo 10.

AL penetrar por primera vez en el recinto de la Exposición, sorprende su grandeza. No hablo de la torre Eiffel; no quiero tocar ni desflorar el asunto: dentro de algún tiempo, cuando ya los periódicos no traten de ella, recogeré mis impresiones y consagraré algunos párrafos al coloso, novena maravilla del mundo. Ahora sólo pretendo manifestar el efecto que me produjo la dilatada planicie cuajada de edificios, parques, bosquetes, fuentes monumentales y blancas estatuas. Al pronto los ojos y el alma se rinden al vértigo de tanta sensación visual y de tanta magnificencia. Bajo un sol resplandeciente; alfombrado el suelo de una multitud vestida de abigarrados colores, que ondula y culebrea y se agrupa y se desparrama, perdiéndose en las enarenadas calles ó sumiéndose bajo los marmóreos vestíbulos y en las encristaladas galerías; con el brillo de los dorados, la variedad infinita de los exóticos trajes, la blancura de la piedra nueva, el verdor de los arbustos y plantas traídos de lejanos climas; las formas caprichosas de las construcciones propias de cada país, desde la cónica morada persa hasta la choza lacustre; aturdiendo los

oídos el rumor de la muchedumbre, tan parecido al del mar irritado, y los sonoros ecos de las músicas... al pronto, nadie me lo negará, hay que sentirse abrumado y reducido al estado atómico,—sobre todo considerando que en nada hemos contribuído á este esfuerzo gigantesco de la industria moderna.

La obra no está completa aún. La Exposición parece una vivienda surtuosa, incomparable, donde no se terminó la colocación de los muebles y andan esparcidos por los suelos paja, virutas y papeles de envoltorio. Al dejar las crujías y salir á los jardines, lo primero que atrae mis miradas es la fuente monumental, hermosa muestra del género estatuario moderno, más vibrante y alado que el clásico, pero también menos robusto y noble. Si la fuente tuviese ya esos tonos de ágata y esas agradables tintas verdosas que presta á la piedra el curso del tiempo, me gustaría más, como va gustándome el famoso y discutido grupo de la Danza en la fachada de la Grande Opera, obra maestra de Carpeaux, la cual indudablemente ha servido de modelo á esta fuente tan graciosa. A su margen, reina una impresión de calma y reposo antes desconocida.

Llego á la torre cuando las salvas anuncian la entrada de Carnot. El Presidente viene del Eliseo, en carretela á la gran *Daumont*, y escoltado por un pelotón de coraceros. Penetra en la Exposición por el puente de Jena, y pasa bajo el arco gigantesco de la torre Eiffel. A poco rato cruza á dos pasos de nosotros el pri-

mer magistrado de la nación francesa, frío, derecho, impassible, correctísimo, embutido en el frac que con razón llaman de hojalata negra: ¡tan recto cae y tan imposible parece que en su tersa superficie se marque una leve arruga! Suenan algunos vivas, pero pálidos, desperdigados, vergonzantes, contagiados, por decirlo así, con la frialdad del personaje que los arranca. De repente las charangas y las bandas de música rompen con brío y dramático empuje á entonar la Marsellesa...

* * *

Así que los compases de fuego del magnífico himno vuelan por los aires, con aquella palpitación de reprimidos sollozos y de indignación patriótica que en ellos late, el hielo se funde, la multitud se agita, los corazones saltan alborozados y las aclamaciones brotan primero enérgicas, nutridas, ardientes, por último, roncadas y feroces como el aullido de las turbas en días de revuelta ó en vísperas de combate. ¿Qué misterioso dinamismo ha puesto el genio del hombre en unas cuantas notas, en el rudimento de una melodía, para que, profanadas por todos los organillos callejeros, arrastradas por el escenario de los cafés cantantes, manchadas del lodo en los días de tumulto, encharcadas en sangre al pie de la guillotina, conserven su celeste virginidad y se levanten puras, incólumes, electrificadoras, en los momentos supremos de la vida del pueblo que las creó?

No me ha sido posible oír el discurso del Presidente. Ya he dicho que aborrezco los empellones y codazos, y por una arenga de Cicerón no me expondría á aguantar el más ligero. Pero he visto—al través de dos puertas vidrieras y á unos sesenta metros de distancia—la mímica de la oratoria presidencial. Carnot acciona bien, sin pasión, con la reserva elegante que caracteriza sus modales y su fisonomía. Así, de lejos, parecía un maniquí articulado, severo y distinguido, pero montado en alambre.

No pudiendo acercarme más, voy hacia la Galería de las máquinas. Dicen todos de ella que es una obra prodigiosa, honra de la Exposición, y que como osadía, grandiosidad y amplitud de concepción, supera á todo lo conocido hasta el día. Además se encuentra ya completamente instalada, en orden perfecto; las máquinas andan, respiran, giran, funcionan; estos monstruos de hierro y acero viven con una vida fantástica, y parece que dicen con su chirrido y su estridor: "¡Oh empedernidos amantes del pasado, oh admiradores infatigables de las catedrales viejas y de los edificios muertos! También nosotros merecemos que se nos atienda. Aunque parecemos unos pedazos de bruto metal, en realidad representamos la inteligencia: quien nos mueve es el alma del hombre. Aunque no lo crean los soñadores idealistas, en nosotros hay un poema: somos estrofas, somos canto."

Al retroceder hacia los jardines, me hallo con que no me dejan pasar. Recorro veinte

puertas; no hay escape; me encuentro—en compañía de otros quinientos incautos—encerrada en la sección austro-húngara, con un calor sofocante y una sed rabiosa. De pronto se oyen rumores halagüeños y respetuosos, y se adelanta Madama Carnot, vestida con el precioso atavío que antes describí, prodigando saludos y afables sonrisas.

No sería yo quien perdiese las iluminaciones y el fuego de artificio. No en vano soy nacida en Galicia, el país de los cohetes y las luminarias, la tierra en que hace sol de noche.

Mágico es el aspecto que ofrece la ciudad tan pronto como declina el sol de esta memorable jornada. Nunca se ha visto lujo de iluminación parecido. Una bacanal de luces; lo que se llama un incendio, remedo pacífico de la sanguinaria fiesta en que Nerón quiso ver abrasarse por los cuatro costados á Roma. A lo largo de las fachadas, señalando las ventanas, puertas, molduras y cornisas, hasta los pisos más altos, las líneas de luz nacen y se destacan poco á poco, hasta que de repente queda toda la orilla derecha de París adornada con estrellas y girándolas de diamantes. Los puentes tienen cada cual una iluminación distinta. El de las Artes luce lamparillas verdes, amarillas y rojas; de trecho en trecho, un mástil sostiene un blanco tulipán transparente. El Puente Real, lamparillas blancas. En el de Arcole alternan globos de fuego y oro; los colores de mi patria. El de la Concordia está alumbrado por pirámi-

des de luz. Por el fondo de París cruzan innumerables retretas con farolas. El Arco del Triunfo dibuja sobre la obscuridad nocturna un círculo de fuego.

Mas lo soberbio del espectáculo no se comprende hasta verlo de lo alto del Trocadero. Es de advertir que desde allí, París, con sólo su iluminación normal, ya es asombroso. ¿Qué será en esta noche encantada, con el palacio hecho un ascua, los jardines listados de luz y la torre Eiffel inflamada toda, ciñendo una corona de lumbre en cada piso, la fuente monumental alumbrada por cuatro poderosos focos de luz eléctrica y el surtidor que salta de su seno convertido en cascada de líquida lumbre, y cayendo con el misterioso rielar de las olas cuando las baña el argentino reflejo de la luna? El faro de la torre Eiffel refulge como un gigantesco sol, dominando el brillo de las demás iluminaciones, comiéndose la luz de tanta farola, de tanto *lampion* y de tanta incandescencia eléctrica.

*
* *

Del Trocadero á los muelles, á ver la fiesta náutica. Sobre el obscuro Sena se deslizan en todas direcciones centenares de barcas iluminadas y empavesadas, salpicadas de farolillos venecianos y lamparillitas de colorines, ó adornadas sólo con un grupo de luces colocado en la proa, como las joyas que las mujeres se prenden en el seno para ir al baile. Estas embarca-

ciones, que no consienten que cuando todo refulge y brilla el Sena permanezca sombrío y mudo, son las que diariamente lo surcan: barquitos pescadores, vapores moscas ó golondrinas, yates, lanchas-vapores, falúas, queches, raro es el que no lleva á su bordo músicas, ó al menos una improvisada masa coral, que entona la Marsellesa, las canciones de Beranger, y á veces también los estribillos de las operetas ó los cantos provincianos de Bretaña y Languedoc. En los muelles, la muchedumbre baila al son de las tocatas que suben del fondo del río. La Torre Eiffel envía con sobrehumana fuerza rayos inmensos de eléctrica luz, y de repente el Sena sale de las tinieblas, se convierte en un raudal de plata verdosa y derretida, y las barcas, sobre su superficie, semejan pájaros que vuelan al ras del agua. La armazón del coloso, que aún no se había visto, se destaca y perfila repentinamente sobre el fondo de deslumbradora claridad: á esa distancia es un encaje finísimo de hierro, más calado que ningún rosetón ojival, de una gracia y de una delicadeza aérea. Cuando la luz le pone candente, al parecer, y se le ve inflamarse, un grito de admiración brota de todas las gargantas: es realmente una maravilla la torre. Su densa y dura materia, bañada por la inmaterial hermosura de la luz eléctrica, se espiritualiza, y ese gigante de la industria semeja el ensueño de un poeta, ensueño babilónico y primitivo.

* * *

Sobre el firmamento, donde centellean con serenidad las pálidas constelaciones, eclipsadas hoy por la industria humana, surgen de improviso millares de cohetes tricolores. Una lluvia de lágrimas azules, rojas y blancas cae del cielo á la tierra como enorme canastillo de claveles y *no me olvides*, volcado por los serafines sobre la cabeza de los hijos de los hombres.

Al verlas y al oír el clamoreo de la ebria multitud, acudieron á mi memoria frases de un discípulo de Maistre, enemigo, por consiguiente, de la Revolución, y de la Exposición también: "París danzará sobre la fosa de su gloria y sobre el calabozo en que tiene encerrada la Cruz. Este centenario es la apoteosis del ateísmo, la sanción de cuantas iniquidades lleva cometidas el siglo XIX."

¿Será verdad—medité mientras el azul obscuro del cielo se despejaba al esplendor de los fuegos artificiales—será verdad que el Dios amoroso que nos ha creado y nos ha impuesto la ley del trabajo, puede mirar con malos ojos el esfuerzo titánico del hombre para cumplir esta santa ley?